

—¿Qué tenemos que ver con eso? ¿Tienes celos?

—Por el contrario; y bien sabes que ningún derecho tengo para ello.

—Explicáte, ¿qué quieres decir?

—Quiero decir que ni mi fortuna ni mis quehaceres me permiten ser tu amante. La noticia no es nueva, ni yo te engañé nunca en este respecto. Si yo quisiera echarlas de grande contigo, me arruinaría sin hacerte dichosa. Mi pensión apenas me basta para vivir, y será menester además que dentro de poco regrese á Besançon. En este punto, ya lo ves, no puedo ser más explícito, aun cuando lo sea de mala gana; pero hay ciertas cosas acerca de las cuales yo no puedo explicarme; tú eres quien debe reflexionar y pensar en el porvenir.

—Es decir, que me aconsejas que haga el amor á tu amigo.

—No; él es quien te lo hace á tí. Gerardo es rico y yo no lo soy; vive en París, en el hervidero de todos los placeres, y yo no puedo ser más que un simple abogado de provincia. Tú le gustas mucho y acaso esta circunstancia sea una dicha para tí.

A pesar de su tranquilidad aparente, Federico se sentía conmovido. Bernereta guardó silencio y se puso en la ventana: lloraba, esforzándose por ocultar sus lágrimas. Federico lo advirtió y se acercó á ella.

—Dejadme—le dijo.—No os dignaríais sentir celos por mí, lo concibo, y por ello sufro sin lamentarme; pero además me habláis con extrema dureza; me tratáis cual si fuese una mujer cualquiera y me amargáis la vida sin razón.

Todos habían convenido en pasar la noche en la posada para volver á París al siguiente día. Bernereta se quitó el pañuelo con que cubría el cuello, y al par que enjugaba sus lágrimas lo sujetó en la cabeza de su amante. Apoyándose luego en uno de sus hombros, le arrastró dulcemente hacia la alcoba.

—¡Ah, perverso!—le dijo abrazándole,—no hay medio humano de que me quieras.

Federico la estrechó en sus brazos. Pensó en lo que le aguardaba si cedía á un impulso de ternura, y cuanto más tentado estaba de entregarse á ella, desconfiaba más de sí mismo. Presto se hallaba á declarar que la amaba; tan peligrosas palabras expiraban al punto en los labios, pero Bernereta las sentía en el corazón y ambos se durmieron contentos, el uno por no haber dicho nada y la otra por haberlo comprendido todo.

VI

Al regreso, Federico acompañó á su casa á Bernereta y la vió tan pobremente alojada, que comprendió enseguida por qué la joven no que-

ria que la siguiese. Vivía en una casa amueblada, cuya entrada era un lóbrego pasaje y sólo tenía dos habitaciones casi desnudas. Federico intentó hacerla algunas preguntas sobre la situación ingrata á que se veía reducida, pero la joven no quiso entrar en materia.

Algunos días después, yendo Federico á visitarla, oyó un ruido extraño, que procedía de lo alto de la escalera, al entrar en el pasaje. Eran mujeres que gritaban, se pedían socorro, se amenazaban y hasta hablaban de llamar á los guardias. Dominaba en medio de estas voces confusas la de un hombre, que Federico advirtió muy luego. Este hombre estaba pálido, con las ropas desgarradas y borracho por el vino y por la ira.

—Tú me las pagarás, Luisa—exclamaba golpeando la barandilla de la escalera,—tú me las pagarás: volveremos á encontrarnos y me obedecerás ó te arrancaré de aquí. Poco me importan tus amenazas y tus chillidos. Cuenta con que has de volver á verme muy pronto. Hablando así bajó y salió furioso de la casa. Federico dudaba si subir cuando vió á Bernereta en la meseta de la escalera. Explicóle la causa de la escena y le dijo que el hombre que acababa de salir era su hermano.

—Habéis oído el triste nombre de Luisa—dijo llorando,—y ya sabéis que me pertenece para desdicha mía. Mi hermano ha estado esta

tarde en la taberna, y ya véis cómo me trata cuando sale de ella, so pretexto de que no quiero darle dinero para volver.

Así, en medio de sus desórdenes y de sus lágrimas, refirió á Federico lo que le había siempre ocultado. Sus padres eran ebanistas, muy pobres, y después de haberla maltratado horriblemente cuando niña, la vendieron á los dieciséis años á un hombre de edad madura. Este hombre, generoso y rico, hizo que recibiera algún barniz de educación, pero habiendo muerto al poco tiempo y Bernereta quedado sin recursos, ésta formó parte de una compañía de cómicos provincianos. En este nuevo oficio su hermano la había seguido de ciudad en ciudad, obligándola á que le diera lo que ganaba, y matándola á golpes ó injurias cuando la muchacha no tenía nada que darle. Habiendo, en fin, alcanzado la edad de dieciocho años, encontró medio de emanciparse; pero la protección de la ley no podía garantirla de las visitas de aquel hermano odioso que la espantaba con actos de violencia y la deshonraba con su conducta. Tal fué, en suma, sobre poco más ó menos, la relación que el dolor arrancó á Bernereta, mediante la cual Federico no podía dudar de la verdad, por la manera ingenua como aquella se expresaba.

Aun cuando Federico no hubiera sentido amor por la pobre muchacha, la compasión ha-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

55035

bía llenado su pecho. Informóse del domicilio del hermano, y con algunas monedas de oro y un lenguaje de flaqueza extrema, las cosas no fueron mal. La portera recibió encargo de anunciar que Bernereta había mudado de barrio, si el joven se presentaba de nuevo. Pero en realidad era bien poca cosa, ó por mejor decir, no era nada asegurar así la tranquilidad de una mujer que de todo estaba huérfana y desprovista. En vez de pagar sus propias deudas, Federico pagó las de Bernereta; en vano ella intentó disuadirle de su propósito, pues él no quería reflexionar ni en la imprudencia que cometía ni en las consecuencias que pudiera acarrearle; dejóse llevar por su corazón y se juró, ocurriese lo que ocurriese, no arrepentirse nunca de lo que acababa de hacer.

Pronto, sin embargo, hubo á la fuerza de arrepentirse, pues para salir airoso de los compromisos que había contraído fuéle menester contraer otros nuevos, más difíciles y honrosos que los primeros. No había recibido de la naturaleza ese carácter despreocupado que en las circunstancias que le rodeaban aparta al menos de la mente el temor del mal venidero; al contrario, de entre las buenas cualidades que perdiera sólo la previsión le había quedado, y hubiérase vuelto taciturno y contrito si á su edad hubiese podido serlo. Advirtieron sus amigos este cambio; él no quiso declarar la

causa, y para engañar á los demás en lo que le concernía disimuló consigo mismo, y por debilidad, ó acaso por necesidad, dejó al destino el camino franco.

Pero con Bernereta no cambió de maneras ni de lenguaje: hablábala siempre de su partida próxima, mas no acababa nunca de efectuarla é iba todos los días á su casa. Cuando cogió el tino á la escalera, parecióle menos lóbrego el pasaje, y las dos habitacioncitas tristes antes, se le antojaron alegres; daba el sol por las mañanas, y como eran tan pequeñas, muy pronto se templaba el cuarto. Hasta lograron acomodar un piano de alquiler. En la vecindad había un buen restaurant, del cual subían el almuerzo. Bernereta tenía un talento que sólo las mujeres poseen alguna vez: el de ser á un tiempo mismo locuela y económica; mas juntaba otra calidad más inapreciable todavía, la de contentarse con todo y la de tener por toda opinión el exclusivo deseo de ser grata á los demás.

Hay que declarar también sus defectos: sin ser perezosa, vivía en un ocio inconcebible. Una vez despachados con rapidez sorprendente los cuidados de su casita, se pasaba todo el día con los brazos cruzados en el sofá. Hablaba de coser y de bordar, como Federico de su viaje; es decir, que no hacía absolutamente nada. Desgraciadamente muchas mujeres son así,

sobre todo en determinada clase, la cual precisamente tendría necesidad de ocupación, mejor que de ninguna otra cosa. Hay muchachas en París nacidas sin pan, que en su vida cogen una aguja, y que se dejarían morir de hambre frotándose las manos con pasta de almendras.

Cuando los placeres del Carnaval comenzaron, Federico, que andaba de baile en baile, llegaba á cualquier hora á casa de Bernereta, ya por la mañana, ya al amanecer; otras veces á media noche. En ocasiones, al llamar á la puerta, preguntábase, á pesar suyo, si iba á encontrarla sola; y si algún rival le hubiese suplantado, ¿tendría derecho á quejarse? No; puesto que por propia confesión desechaba el irrogarse tal derecho. ¿Osaré declararlo? Lo que temía lo deseaba casi en igual grado. Entonces habría tenido valor suficiente para largarse, y la infidelidad de su amada hubiérale obligado á separarse de ella. Pero Bernereta estaba siempre sola, sentada á la lumbre durante el día, peinando su cabellera hermosa; por la noche, cuando Federico llamaba, corría á abrirle medio desnuda, los ojos cerrados y la sonrisa en los labios. Arrojábase á su cuello, aun dormida, encendía la lumbre, sacaba cena del armario, siempre alerta y previsora, y nunca preguntaba á Federico el lugar donde había estado. ¿Quién hubiera podido resistir á una vida tan dulce, á un amor tan raro y tan poco costoso? Cuales-

quiera que hubieran sido los cuidados de la jornada, Federico se dormía dichoso. Y era natural que así sucediese cuando veía ir y venir á su alegre compañera por el cuarto preparando el baño y el desayuno.

Si es verdad que los obstáculos ininterrumpidos hacen la pasión más intensa y comunican al placer el interés de la curiosidad, menester es confesar también que existe un extraño encanto, más dulce y más peligroso acaso en la costumbre de vivir con el objeto amado. Dícese que esta costumbre engendra la saciedad, y es posible que así sea, pero comunica la confianza, el olvido de sí mismo, y cuando el amor resiste á esas pruebas, está al abrigo de todo temor. Los amantes que no se ven más que de tarde en tarde, nunca están seguros de entenderse; se preparan para ser dichosos, quieren convencerse mutuamente de que lo son y buscan lo imposible; es decir, palabras para expresar lo que sienten. Los que viven juntos, no han menester expresar nada; sienten al propio tiempo, cambian miradas y se estrechan la mano al andar. Sólo ellos conocen un gozar delicioso, la dulce languidez de los días que vendrán; descansan de las languideces del amor en el abandono de la amistad; he pensado alguna vez en esos encantadores lazos viendo dos cisnes en el agua cristalina dejándose llevar por la corriente.

Si un impulso de generosidad había arrastra-

do á Federico en los comienzos, el atractivo de aquella vida, nueva para él, le cautivó después. Desgraciadamente para el autor de este cuento, sólo hay una pluma como la de Bernardino de Saint-Pierre, capaz de comunicar interés á los pormenores familiares de un amor tranquilo. Además, este discreto escritor, para embellecer sus narraciones ingenuas, disponía de las ardientes noches de la isla de Francia y de las palmeras, cuya sombra se estremecía en los brazos desnudos de Virginia. Muéstranos sus héroes viviendo en una naturaleza espléndida. ¿Diré yo que los míos iban todas las mañanas al tiro de pistola del Tivoli, de allí á casa de su amigo Gerardo, de allí, algunas veces, á cenar á casa de Vercy y luego al teatro? ¿Diré que cuando estaban cansados jugaban á las damas al calor de la chimenea? ¿Quién leería tan vulgares detalles? ¿ni á qué viene apuntarlos, cuando con insinuarlos sobra? Se querían y vivían juntos y esto duró hasta tres meses, sobre poco más ó menos.

Pasado este tiempo, Federico se encontró en una situación tan enojosa que anunció á su amiga la necesidad de separarse de ella. Así lo esperaba ella tiempo hacía, y no hizo ningún esfuerzo por que se quedara. Sabía que por ella había hecho todos los sacrificios posibles; por consiguiente, no tenía más remedio que resignarse, ocultándole la pena que sufría. Cena-

ron juntos una vez más, y Federico, al salir, deslizó en el manguito de Bernereta un papelito que contenía cuanto le quedaba. Ella le acompañó á su casa y guardó silencio en el camino. Cuando el coche se detuvo besó la mano de su amante, de sus ojos desprendiéronse algunas lágrimas, y separáronse.

VII

Federico, sin embargo, no tenía intención ni posibilidad de partir. Por un lado las obligaciones que había contraído, por otro sus deberes profesionales le retenían en Paris. Trabajó con ardor para desechar el fastidio que le anonadaba: cesaron sus visitas á Gerardo, se encerró durante un mes y no salió sino para ir al tribunal. Pero la soledad en que se vió de pronto, después después de una vida disipada, le sumió en una melancolía profunda. A veces pasaba días enteros en su cuarto paseando de arriba abajo sin abrir un libro y sin saber qué hacer. El carnaval había acabado; á las nieves de Febrero sucedieron las glaciales lluvias de Marzo. Careciendo de toda suerte de distracciones, Federico se entregó con amargura á la influencia de esta dolorosa época del año, llamada, con razón, la estación muerta.

Gerardo fué á verle y le preguntó el motivo de tan inútil reclusión. Federico le contó todo,

mas sin aceptar los ofrecimientos de su amigo.
—Tiempo es ya—le dijo—de romper con hábitos que no pueden menos de perderme. Vale más soportar algún fastidio que exponerse á desdichas reales y verdaderas.

Tampoco disimuló el duelo que sentía al separarse de Bernereta, y Gerardo no pudo menos de compadecerle y felicitarle á un tiempo por la determinación que habia tomado.

Cuando llegó la fiesta de mediados de Cuaresma fué al baile de la Opera. Allí encontró poca gente. Ni siquiera tenía la dulzura de un recuerdo este último adiós á los placeres. La orquesta, más numerosa que el público, tocaba en un desierto las contradanzas de invierno. Algunas máscaras andaban [de acá para allá, quienes en sus maneras y lenguaje mostraban no ser gentes de distinción. Iba Federico á retirarse cuando un dominó sentóse á su lado; reconoció al punto á Bernereta, y ella le dijo que habia ido al baile con la esperanza de dar con él. El la preguntó lo que habia hecho desde que no se veían, y ella le contestó que tenía esperanza de trabajar en el teatro. Federico quiso convidarla á cenar, pero la cosa parecióle peligrosa; la estrochó la mano y abandonó la sala. Háse dicho que la tristeza es preferible al fastidio, y la expresión es desdichadamente cierta. Un alma bien nacida encuentra siempre contra las penas, cualesquiera que sean, ánimo y

energía. El fastidio, por el contrario, corroe al hombre y le destruye: el espíritu se adormece, el cuerpo se queda inmóvil y el pensamiento flota al azar. No tener motivo alguno para vivir, constituye un estado peor que la muerte misma. Cuando la prudencia, el interés y la razón se oponen á una pasión, es muy fácil para cualquier mortal censurar á aquél á quien la pasión impele. Abundan los argumentos en esta situación de la vida, y preciso es rendirse de buena ó de mala gala. Pero cuan ya el sacrificio se consumó, cuando están satisfechas la prudencia y la razón, ¿qué filósofo, ó qué sofista no están al cabo de sus argumentos? Y qué contestar al hombre que os dice: He seguido vuestros consejos, pero todo lo he perdido; procedí cuerdateamente, pero sufro.

Tal era la situación de Federico. Dos veces le escribió Bernereta. En su primera carta le decía que no podía soportar la vida; le suplicaba que fuera á verla de cuando en cuando, y que no la abandonara por completo. Mucho desconfió de sí mismo para obedecer á tal petición. La segunda carta llegó poco después. «He vuelto á ver á mis padres—decía Bernereta—y parece que me tratan con mayor dulzura. La muerte de uno de mis tíos nos ha procurado algún dinero. Para mi *debut* en el teatro están haciéndome unos trajes que os gustarán y que quisiera que viésetis. Subid un momento á mi casa

cuando paséis por la puerta.» En esta ocasión Federico se dejó persuadir. Visitó á su amiga, pero nada de lo que ésta le anunciara era cierto. Había querido verle únicamente. Conmovido con tal perseverancia sólo sentía, sin embargo, la necesidad de resistir con mayor porfía. A las primeras palabras que profriró sobre el asunto, Bernereta le tapó la boca.

—Lo sé—le dijo;—dame un beso y vete enseñada.

Gerardo se fué al campo y llevó consigo á Federico. Los días plácidos y el ejercicio del caballo devolvieronle un poco de contento; Gerardo hacía lo propio que él: había *despedido* á su compañera porque apetecía vivir libremente. Los dos jóvenes corrían juntos por los bosques y enamoraban á una linda arrendadora de un lugar vecino. Pero pronto llegaron invitados de París, dejaron el paseo por el juego, y las comidas fueron largas y bulliciosas; Federico no pudo soportar aquella vida que antaño le deslumbrara, y volvió de nuevo á su soledad.

Recibió una carta de Besançon, en la que su padre le anunciaba que la señorita Darcy iba á París con su familia. Llegó, en efecto, la semana misma; Federico, aunque de mala gana, presentóse en casa de la joven, á quien halló tal y como la dejara, fiel á su amor secreto y dispuesta á servirse de esta fidelidad como arma de su coquetería. Confesó, sin embargo, que

había algunas palabras, algo fuertes, proferidas en la última entrevista que habían tenido en Besançon. Rogó á Federico que la perdonase si había parecido dudar de su discreción, y añadió que como no podía casarse, le ofrecía de nuevo su amistad, y esta vez para siempre: cuando uno no está contento ni es dichoso, ofrecimientos tales son siempre bien acogidos. El joven le dió las gracias y encontró algún encanto en pasar las veladas en su compañía.

Cierto apetito de emociones empuja á veces á las personas fatigadas en busca de lo extraordinario. Puede parecer sorprendente que una mujer tan joven como la señorita Darcy tuviera un carácter tan extraño y peligroso; pero la verdad es que era como yo digo. No la fué difícil alcanzar la confianza de Federico, ni que éste la refiriese sus amores. Acaso ella hubiera podido censolarle con sólo mostrarse coqueta para con él; así le hubiera distraído de sus pesares. Pero la plugo hacer lo contrario. En lugar de regañarle por sus desórdenes, le dijo que el amor todo lo excusaba, que le honraban sus locuras; en vez de confirmarle en su resolución, repitíole que ni siquiera concebía que los hubiera tomado.—Si yo fuera hombre—decía—y dispusiera de igual libertad que vos, nada del mundo podría hacerme separar de la mujer á quien amara; me expondría de buen grado á todas las desdichas, á la miseria, si fuese nece-

sario, mejor que renunciar al amor de una linda compañera.

Semejantes palabras eran bien extrañas en una jóven que sólo conocía de este mundo las cosas de su familia. Mas por esta misma causa, tal lenguaje llamaba más la atención. Dos motivos tenía la señorita Darcy para representar su papel, el cual además era muy de su agrado. Quería por un lado dar muestras de corazón magnánimo y pasar por romanesca; por otro testificaba que lejos de parecerle mal que Federico la hubiese olvidado, aprobaba su nueva pasión. Por segunda vez el muchacho fué víctima del ardíd femenino, dejándose seducir por una joven de diecisiete años.—«Tenéis razón—contestábale ella;—bien mirado la vida es tan corta, que es una insensatez el reflexionar y el atraerse nuevos pesares cuando hay tantos inevitables.»—La señorita Darcy mudaba luego de tema:—«¿Vuestra Bernereta os quiere?»—le preguntaba en un tono expectante.—«No me decíais que era una griseta? ¿y cómo es posible atar cabos con esta categoría de mujeres? ¿Acaso es digna de algún sacrificio? ¿Sería capaz de justipreciar el valor de ellos?»—Eso lo ignoro—respondía Federico,—y ni siquiera yo mismo experimento [por ella un amor del otro jueves,—añadía con tono displicente;—para con ella no pensé nunca sino en pasar el tiempo agradablemente. Ahora me aburro y este es todo el mal.

—¡Buena va!—exclamaba la señorita Darcy;—¿y qué significa una pasión como esa?

Metida ya en harina, la joven se exaltaba; hablaba cual si de ella misma se hubiera tratado, y su fecunda fantasía hallaba campo abierto donde ejercitarse. «¿Puede llamarse amor el buscar un simple pasatiempo? Si no amábais á esa mujer, ¿qué ibáis á buscar á su casa? y si la amábais, ¿por qué abandonarla? Acaso ella sufre y llora; ¿cómo es posible que miserables cálculos monetarios puedan internarse en un corazón generoso? ¿Sois vos tan frío, tan esclavo de vuestros intereses como mis padres lo fueron antaño, cuando labraron la desgracia de mi vida? ¿No es indigno de un jóven y deberíais avergonzaros? No, en verdad, vos mismo ignoráis si sufrís, y lo que deploráis; os consolaría la primera mujer con quien tropezaríais; vuestro espíritu sólo está desocupado. ¡Ah! ¡No es así como se ama! En Besançon os predije que sabríais un día lo que es querer; pero si no tenéis más ánimo, hoy os predigo que no lo sabréis jamás.»

Federico volvía una noche á su casa, después de una conversación como la transcrita. Sorprendido por la lluvia entró en un café y tomó un ponche. Cuando un fastidio dilatado llega á oprimir nuestro pecho, una oscilación ligera basta para hacerle latir, y se diría que entonces hay en nosotros un vaso muy lleno que se des-

borda. Federico apretó el paso cuando salió del café. Pesaban en su ánimo dos meses de soledad y privaciones y experimentaba una necesidad invencible de sacudir el yugo de su razón y de respirar más á su gusto. Sin saber á ciencia cierta lo que hacía, tomó el camino de la casa de Bernereta; la lluvia había cesado: al resplandor de la luna miró las ventanas de su amiga, la puerta y la calle, que le eran tan familiares. Puso, temblando, la mano en la cuerda de la campanilla, y como antaño, preguntóse si hallaría en el cuartito la lumbre cubierta de ceniza y la cena puesta. En el momento de llamar dudó un instante.

«¿Qué inconveniente habrá, se decía, en que yo pase aquí una hora y en que Bernereta me procure un recuerdo del amor pasado? ¿Qué riesgo puedo yo correr? ¿No seremos los dos libres mañana? Puesto que la necesidad nos separa, ¿por qué he de temer verla un instante?

Era media noche; llamó despacio y la puerta se abrió. Al subir la escalera le llamó la portera y le dijo que no había nadie. Era la vez primera que encontraba á Bernereta ausente. Pensó que estaría en el teatro y contestó que aguardaría, pero la portera se opuso. Y al cabo de algunos minutos declaró la mujer que Bernereta había salido temprano y que no volvería hasta el día siguiente.

VIII

Cuando se ama, ¿á qué conduce echarlas de indiferente, si no por eso merma el sufrimiento hasta que la verdad sale victoriosa? Federico se había jurado tantas veces que no tendría celos de Bernereta, lo había repetido tantas veces á sus amigos, que hasta él mismo había llegado á creerlo. Al salir se encaminó á su casa silbando una contradanza.

Tiene otro amante—se dijo;—mejor para ella, es lo que yo quería.

En lo sucesivo ya estoy tranquilo.

Mas apenas llegó á su domicilio, sintió una debilidad mortal. Sentóse y acomodó su frente en sus manos como para sujetar sus pensamientos. Al cabo de una lucha baldía salió vencido: la naturaleza, levantó el rostro bañado de lágrimas y halló algún alivio confesándose lo que experimentaba.

Una languidez extrema sucedió á tan violenta sacudida. La soledad llegó á serle insoportable, y durante algunos días empleó su tiempo en visitas y paseos sin objetivo. Ya intentaba saciarse en la indiferencia que había afectado; ya se abandonaba á una cólera ciega y á proyectos de venganza. El hastío de la vida se apoderaba de su ánimo. Recordaba las dolorosas circunstancias que acompañaron á su amor na-